

Precios de suscripción

En Lorca mes . . . 0,40 pesetas.
Fuera 0,50

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54

No se devuelven los originales

ORGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS
SE PUBLICA LOS SÁBADOS
TODOS PARA UNO

Sesión municipal del 13 de Mayo

Bajo la presidencia del Sr. Terrer y con asistencia de los concejales Sres. Munuera, Alfajeme, Chacón, Millán, Espinar y Periago (Antolín), celebró ayer sesión la corporación municipal.

Se aprueban el acta de la anterior y algunas cuentas: la presidencia pregunta si algún señor concejal quiere usar de la palabra y.... «no habiendo más asuntos de qué tratar se levanta la sesión».

* *

COMENTARIOS

Los señores ediles, haciendo, sin duda, deducciones de lo que viene ocurriendo con las cuestiones en sesión discutidas, habrán pensado, quizá, que para tratar asuntos «sin trascendencia» (pues aquí apenas hay de qué ocuparse) mejor es no tratar de nada y que para que los acuerdos que se tomen queden incumplidos mejor será no tomar ninguno.

¿Que están sin cubrir meses y meses atenciones sacratísimas del municipio? ¿Que no existe el servicio de policía urbana hasta el punto de que no hay ni una mala tina que evite el polvo siquiera en las calles más céntricas?

¿Que es un escándalo por lo exigua la suma que se ingresa por Consumos? ¿Que se ignora lo que re recauda por extrarradio? ¿Que se falta descaradamente á lo que previenen las Ordenanzas municipales por los encargados de hacerlas cumplir sin perjuicio de invocar esas mismas Ordenanzas cuando es algún infeliz el que las infringe? ¿Que se anuncia públicamente la dimisión de empleados porque como cobrar les amenaza el hambre?

¿Que se falta abiertamente por el Alcalde, por la mayoría de los concejales y por la Corporación á lo que la Ley clara y concretamente determina?

¿Y qué?

¿Han de preocuparse los señores ediles por «minucias» tales?

No hay, pues, señores adminis-

trados, «no hay asuntos de qué tratar».

Para los señores ediles no es, por lo que se vé, motivo de desdoro ni de vergüenza formar parte de una Corporación que no cumple su finalidad; que hace escarnio y menosprecio de la Ley dejándola incumplida.

Pero si á cualquier hijo de vecino, bien avenido con el cumplimiento de sus deberes, se le ocurre aplicar á nuestra nunca bien ponderada administración algún calificativo derivado de los hechos, así sea tan suave como el de «ruín y despreciable», entonces hay que poner el grito en el cielo, celebrar conferencias y cabildeos para acordar el correctivo que ha de imponerse al «atrevido», y hasta indignarse de veras (los hay también) porque tan afrentosos calificativos se lancen ante la opinión.

Vamos á cuentas, señores ediles, (y conste que solamente nos dirigimos á aquellos que «realmente» se hayan sentido molestos por los calificativos de EL OBRERO.

¿Es ó nó cierto cuanto en sentido interrogatorio dejamos más arriba anotado? Convendréis con nosotros, porque nos referimos á hechos probados y ciertos, en que toca los límites de lo escandaloso lo que viene ocurriendo en Lorca. En que es acomodaticio, de modo manifiesto, la interpretación que se dá á las Ordenanzas municipales; en que por la mayor parte de los concejales, por el Alcalde y por el Ayuntamiento se falta á lo que las leyes determinan; en que aquí no se miran debidamente los verdaderos intereses del país, sinó los intereses particulares y de partido.

Y siendo esto así, medita y contestad con ingenuidad: ¿no debíais indignaros con vosotros mismos, como causantes, en vez de hacerlo con EL OBRERO?

«Arrojar la cara importa, que el espejo no hay porqué».

Pero como desgraciadamente para este pobre pueblo desde hace mucho, muchísimo tiempo solo encontramos motivos de censura en

materia administrativa, EL OBRERO cumple uno de sus deberes denunciando ante el país lo que encuentra denunciabile, sin tener para nada en cuenta las ridículas contorsiones de los clowns de la «troupe», las declamaciones de los comediantes políticos, ni las vociferaciones de los ganapanes bien avenidos con todas las situaciones.

Basta ya de farsa; aparezca cada cual como sea y el que no quiera escuchar calificativos que le molesten, pero que son merecidos, tiene dos caminos por donde conducirse: ó cumplir los deberes que el cargo impone ó apartarse de aquellos que, á sabiendas, faltan á las leyes y á todos los respetos que se deben á un pueblo como Lorca.

¡CALLAD, BLASFEMOS!

Escuchad, vosotros, los que amargamente os quejais, sin razones para ello, del creciente desarrollo de las ideas democráticas, del avance progresivo del colectivismo, del considerable aumento que en las filas del ejército que el proletariado forma se advierte, del empuje avasallador que os amedrenta y atemoriza, del movimiento incesante que para la conquista de sus derechos realiza el elemento trabajador: escuchad silenciosos y atentos, y si la razón no os abandonado, si conservais sereno el juicio, si el egoismo brutal de la materia no os domina, y no tenéis el cerebro atrofiado y el corazón no se os ha endurecido y conoceis—aún cuando sea de nombre—la conciencia, y discernís con lógica y sois tan humanos como decís, comprendereis al fin que no es temerario lo que intentan, ni encierra abuso lo que os demandan.

¿Qué piden esas muchedumbres? El disfrute por igual de los bienes que la Naturaleza, pródiga y cariñosa, como buena madre, rinde á la humanidad, sin cuidarse para nada de quién los recoge y utiliza. ¿Qué les falta? Todo.

Visitad sus hogares, de reducidas habitaciones por el humo ennegrecidos, en los que se amontonan en

peligrosa promiscuidad los sexos, respirando un aire enfarecido y viciado que enferma y envenena sus pulmones, faltos del aseo que la miseria en que desenvuelven sus vidas hace más imposibles, sin otro abrigo en el invierno que el amontonamiento de los cuerpos y las mezinquinbras de un puñado de trozos de leña mendigados.

Examinad sus roperos, en los que cuelgan miserables andrajos que fueron un tiempo vestidos pobrísimos; escudriñad sus alacenas, sin pan que llevarse á la boca; inspeccionad sus lechos de duro jergón y un trozo de manta; observarlo todo y echar una ojeada ligera, brevísimá á vuestros palacios.

En ellos, el lujo y el confort, las comidas suculenras, las comodidades más superfluas se encuentran hacinadas; despiden grato calor las chimeneas en los días brumosos del helado invierno y fresco ambiente eléctricos ventiladores en las calurosas horas de los días estivales; en muelles y blandos lechos descansan vuestros cuerpos no fatigados por las rudas faenas del trabajo; por todas partes alhagan vuestros sentidos, ricos manjares, armoniosas melodías, odoríferas esencias y es vuestra vida plácida y serena pues se halla libre de los cuidados que la del pobre y exenta de las penalidades y miserias que la de los desheredados.

¿Y os asombran y extrañan sus protestas y temblais ante el movimiento arrollador que os amenaza? Vuestra cobardía corre parejas con las infamias que se presencian y no procurais evitar. Pero tened presente que el ansia de regeneración no disminuye, antes al contrario, aumenta.

Porque lo siente el labrador asalariado que se convierte en bestia para hacer producir al terruño; el obrero de la fábrica, ennegrecido y sudoroso entre el engranaje complicado de la maquinaria; el albañil que desafia en lo alto del andamio el frío y el calor; el minero, sepultado en las tenebreces del subsuelo con la amenaza de una muerte violenta á todas horas; el obrero